

EL IRIS.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO.



INFLUENCIA

DE LOS PERIODICOS

EN LA HISTORIA.

Las ciencias históricas adquieren cada día mayor desarrollo é importancia; no contentos con las incompletas ó mutiladas relaciones que nos legaron los antiguos, buscamos en nuestra curiosidad noticias mas variadas y profundas de las que sus escritos nos enseñan. Podemos estudiar á sabor en excelentes fragmentos: podemos leer la animada descripción de los sitios, de las batallas, de las negociaciones, y las catástrofes de los imperios y las mudanzas de las dinastías: pero las causas de estas grandes alteraciones, los lazos que unen entre sí los acontecimientos humanos, la no interrumpida cadena de reacciones recíprocas y sucesivas que son la clave del movimiento de la civilización, nos aparecen á veces en óptica confusa, á veces como impenetrables secretos.

Los historiadores griegos y latinos, que aun hoy día se presentan como los maestros de la ciencia, le-

TOMO II.—3.

Vantan una punta del velo que oculta lo pasado, pero sin darnos una idea satisfactoria de la sociedad que describían. Sabemos por sus escritos la constitucion y vicisitudes del estado; ignoramos completamente la vida del individuo. Contados están en globo los hechos políticos de un pueblo; pero sus creencias, sus hábitos, sus costumbres, sus establecimientos de enseñanza, su movimiento literario, su desarrollo comercial, los fundamentos de sus leyes, todo cuanto dá á conocer la vida intelectual y moral de las naciones se presenta en confuso embrion, y solo puede averiguarse por mas ó menos fundadas conjeturas. Podrá ser la relacion verídica de los hechos, pero no es la historia, tal como nuestra época la concibe.

Las mejores obras romanas nos dan en falso bosquejo los efectos sin las causas, el acontecimiento sin los detalles que lo iluminan y completan. Los sucesos generales no bastan: son como los pilares de un edificio, necesarios para su construcción, pero que sin murallas ó paredes no ofrecen abrigo ni hermosura: á mas del estado, hay hombres: á mas de la sociedad hay

Julio 18 de 1841.

individuos. Poco fruto puede sacarse de la seca narracion de los hechos: indispensable es presentar sus relaciones si ha de servir para algo el estudio de la historia. Salustio fue el primero que, sin darse cuenta quizá del trabajo que emprendia, generalizó alguna vez los hechos que contaba, uniéndolos sin embargo con observaciones singulares para presentarlos con su fisonomía especial y bajo el punto de vista racional y verdadero. El mas admirable de los antiguos historiadores, el autor de «las costumbres de los Germanos» levantó la ciencia á desconocida altura, pintando con fuertes rasgos y valientes pinceladas la corrompida y agonizante sociedad de su época, al paso que referia los hábitos y creencias de aquellos pueblos salvajes que habian de bajar como torrentes para regenerar el mundo con su fuerza y con los vestigios de la civilizacion vencida. Pero Tácito no es completo ni pudo serlo tampoco: sus magníficas narraciones serian en gran parte incomprensibles, si Juvenal, Petronio y Marcial no iluminasen el gran cuadro con sus importantes revelaciones, con la pintura en detalle de la sociedad de Roma.

Antes de la invencion de la imprenta y aun antes de su generalizacion, faltaba para apoyar las relaciones el documento ó la prueba. Era necesario tener fé en el historiador, creerlo bajo su palabra, porque no podia comprobar lo que escribia. Grande era sin du-

da la autoridad moral de Xenofonte ó de César; pero podian sin embargo desfigurar la verdad. Los demas narradores tenian el privilegio de contar á su antojo los sucesos, tomándolos de donde mejor les parecia; y si concordaban con el rumor y la tradicion de la muchedumbre, si alagaban sus pasiones, teníanse por la exactitud misma y corrían acreditados desde entonces. Y no era facil impugnarlos. Faltando los documentos que, sin archivos y sin medios de publicacion, no estaban al alcance de los que en escribir se entretenian, solo podia oponerse conjeturas á conjeturas, porque despues del tiempo transcurrido no existian los hombres interesados en rectificar la verdad de los acontecimientos. La tarea del historiador era mas ingeniosa que concienzuda: no se veia obligado, como acontece ahora, á coordinar hechos, á conciliar documentos que aparecen contradictorios y merecen sin embargo igual fé: tomando por base el público rumor, engalanaban los sucesos con los adornos de su propia fantasia. Prestaban á los personajes sus pensamientos, y ponian en su boca las palabras que mejor cuadraban en su entender á la situacion: así Tito Livio inventa brillantísimos discursos que prueban la pureza y altura de su elocuencia, pero que no tienen otra base que sus conjeturas. Anibal y los senadores cartajineses y romanos piensan y hablan como debian hablar y

pensar; el autor que no conoció ni pudo conocer las costumbres especiales y el estado de la nacion africana, se engaña tal vez en las escenas que pinta. Si hubiese tenido los medios que tenemos, si hubiera podido copiar las oraciones, las palabras mismas de los personajes que figuraron en las guerras púnicas, si por medio de la publicacion periódica hubiese alcanzando mas nociones sobre la sociedad cartaginesa, ciertamente tuviera mas fidelidad su historia, aunque tal vez no hubiera campeado tan libremente su admirable claridad, su enérgica sencillez, la pureza de su fácil y animado estilo.

Uno de los mas sabios miembros de la academia de inscripciones en Francia ha descubierto, ó mas bien que descubierto, probado con trabajos curiosos y eruditos que Roma tenia periódicos desde el tiempo de Cesar, muy semejantes á los nuestros; y los extractos de estas publicaciones hacen comprender bajo un aspecto nuevo á la sociedad romana. Niebuhr habia ilustrado con estos testos y citas su famosa historia, acabando por creer que la narracion admitida de los trescientos primeros años de la ciudad eterna es una relacion novelesca y fabulosa. Los trabajos del autor francés sobre los anales de los pontífices, adoptando las dudas del escritor aleman y demostrando la falsedad de los hechos que han pasado como incontrovertibles hasta ahora, no lle-

gan sin embargo á la exajeracion de su escepticismo. Hasta que, profundamente alterado el espíritu de las instituciones, se desarrolla el elemento democrático, la historia yace encerrada en los templos, escrita por los sacerdotes: cuando el influjo popular se levanta y predomina, nacen los periódicos para estender á todas partes la relacion de los acontecimientos públicos, la noticia de los hechos importantes de los ciudadanos. El origen de la publicacion diaria coincide con la fecha de la ley Atinia que abrió el senado á los tribunos del pueblo; y cuando Cesar, caudillo del partido popular, llegó á la dignidad de emperador, cuando, sabiendo que con la publicidad no hay prestigio ni concierto en las deliberaciones de los cuerpos privilegiados, quiso destruir el poder del senado de Roma, mandó redactar y publicar los actos diarios del senado y del pueblo; y esta medida correspondió al objeto del hábil político, porque descubrió al mundo las llagas hasta entonces secretas del orgulloso patriciado. En el apogéo de su poder, apoderándose completamente de los periódicos, corrompiendo á los unos, intimidando á los otros, supo Cesar valerse de la terrible arma para consolidar su influencia: así corrian el mundo sus alabanzas y los ciudadanos no sabian mas de lo que el dictador queria. Sin otro fundamento que sus deseos, publicaron los periódicos que Marco Antonio, cónsul

de Roma, habia ofrecido la corona real á Cesar por comision del pueblo, pero que Cesar no la habia aceptado: el paso era atrevido, pero el ensayo salió bien: se estasiaba la muchedumbre en la ciudad y en las provincias al leer la relacion de tan rara magnanimidad.

En tiempo de Augusto, los periódicos escribían bajo la impresion de la reaccion violenta que las revueltas civiles causaron: ¿quién no admiraba la templanza, la generosidad del pacificador del mundo? Pero Tiberio que tenia por principio de gobierno el cuidado de ahogar la libertad conservando sus formas y apariencia, no se contentaba con hacerse alabar en los periódicos, sino que publicaba artículos de oposicion á sus actos con el fin de que no se creyese en su tirania; y tal vez, como dice Dion, para provocar conjuraciones y buscar un pretexto á sus crueldades y venganzas. Cuando el cinismo de los emperadores llegó á la impudencia mas escandalosa, cuando los vicios de Roma alcanzaron proporciones gigantescas, la pasion de la celebridad se aplicaba á las torpezas, á la arbitrariedad y á la tirania. Ansioso de sobresalir entre todos por sus excesos, Cómodo, acostumbrado á las emociones del crimen, deseaba ademas el escándalo, y hacia publicar en los periódicos sus orgías, sus crueldades, sus hechos de gladiador y sus infamias monstruosas.

Entonces ya llegaron á la última

degradacion como habia llegado el estado, pero siempre fueron la expresion de la sociedad. En la historia nos aparecen los romanos llenos de gravedad y á inmensa altura, porque la historia antigua no pintaba mas que los hechos grandes; pero los periódicos de Roma disipan estas ilusiones con sus anécdotas y noticias. Contaban los casos extraordinarios, las necrologías, los prodigios, los fenómenos, los monstruos, las representaciones de los gladiadores, las querellas del circo, los divorcios, los matrimonios y sobre todo los adulterios: todas las miserias, las ridiculeces de la sociedad se referian en los diarios como en París ó en Madrid. Contenian uno las arengas del foro, otro los pleitos con los discursos de los abogados interrumpidos por aplausos, silbidos y murmullos: en uno leia Ciceron que habia muerto; se anunciaba en otro que se enseñaba por dinero un fenix: que habia llegado á Roma para sacrificar á Jupiter un ciudadano con sus nueve hijos, sus veinte y siete nietos, sus veinte y nueve biznietos y sus numerosas nietas ademas. Livia y Agripina tenian cuidado de hacer insertar en los periódicos los nombres de los que venian á visitarlas. Despues de esta parte destinada á satisfacer la necia curiosidad del público, venian las noticias importantes, la entrada de Cesar en Roma, la muerte de Pompeyo: discutíase sobre las batallas y las empresas, sobre la ambicion mas ó menos ilejítima de

un personaje; contábanse sus hechos, analizábanse sus ideas, raciocinábanse sobre sus intereses. Los diarios corrían de mano en mano, desatendidos á veces por los hombres de influencia, pero comentados siempre por los ociosos que en las plazas ó en el foro se reunían.

Facilmente se vé por esta ligera reseña que no escasea la semejanza entre nuestros periódicos y los periódicos romanos. No tenían ciertamente los antiguos escritores el poder y la posición de los escritores modernos: faltaba la imprenta para reproducir á millares sus producciones y los medios de circulación que están á nuestro alcance: pero en mas estrechos límites servían para los mismos usos, satisfacían casi en las mismas formas la pública curiosidad. En los fragmentos que de ellos quedan se leen curiosísimos datos sobre la vida interior de la ciudad de Rómulo. Allí vemos cuan frecuentes eran los motines por leves causas, con cuanta facilidad se combatía en las calles; los ciudadanos mas principales y ricos ejercían en toda su plenitud el derecho de guerra privada, armando á sus numerosos parciales para combatir por un partido, por un nombre, por una querrela de escasa valía. La concurrencia de extranjeros, la multitud de ambiciosos que acudía de todos los puntos dominados por los romanos, la ociosidad de los esclavos y libertinos daban á veces un aspecto terrible á estos com-

bates que comenzaban los nobles y en que llegaba á tomar parte la turbulenta muchedumbre. En un fragmento de periódico se lee que Pompeyo habia sido atacado en su propia casa por los satélites de Claudio: tal vez no corrió en Roma la noticia hasta que el diario la contó, porque la policía pública no era conocida aun: euando la autoridad intervenía con la fuerza armada, ya habia corrido la sangre ó abrasaban las llamas edificios y monumentos.

Después de servir de instrumento á una sociedad degradada, purificáronse los periódicos con la regeneración del imperio romano; el cristianismo, vertiendo á torrentes la pureza de sus doctrinas, levantó del cieno aquella sociedad espirante entre sus crímenes y su impotencia. Estendida la iglesia cristiana por la superficie del mundo, comenzó su magnífica obra de reconstrucción y libertad: heredera de la antigua autoridad de Roma, asentada en sus ruinas, quiso tener publicidad como ella, y restauró los periódicos, dándoles nueva vida y diferente objeto. Los diarios de la nueva comunión contienen los actos de los mártires. Leíanse en las provincias y en los ejércitos, que en vez de los infames placeres y torpezas de Heliogábalo, buscaban en los periódicos la deslumbrante luz del preponderante culto. El mundo entero se ocupaba entonces de los ancianos y doncellas que protestaban con su sangre contra la ido-

latria: admirábase el heroico valor que llevaba al potro y á la hoguera á estos naturalmente débiles sin otro auxilio que el de su ardiente fé: entusiasmábanse las legiones con la relacion de los martirios, y mas de un soldado abrió á Cristo su corazon despues de la lectura. En poder de los cristianos fueron los periódicos un medio de combate que se enervó con el triunfo. Durante en la invasion de los bárbaros, en el naufragio general de la civilizacion, pareció que todo iba á acabar en el inmenso caos de tan prolongada anarquía: tantos elementos de historia contenidos en los *diurna* del pueblo romano quedaron para siempre perdidos: mas tarde, tras largo intervalo de ignorancia, la religion comenzó la ardua tarea de restaurar las ciencias y conservar cuidadosamente sus tesoros: los primeros destellos de su luz aparecieron en los silenciosos claustros de los monges. A mediados del siglo XVI comienza de nuevo á aparecer la publicacion periódica, pero con un elemento indestructible de duracion, la imprenta: vésele arrastrar una existencia oscura hasta fines del siglo XVIII, en que, adquiriendo inmensa preponderancia y singular prestigio, desarrolló esa inmensa fuerza que tan temible poder le proporciona en nuestros dias para guiar ó estraviar el sentido de los pueblos.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

EXAMEN FILOSÓFICO DEL TEATRO ESPAÑOL,
RELACION DEL MISMO CON LAS COSTUMBRES Y LA NACIONALIDAD DE ESPAÑA.

En el anterior artículo sobre la tragedia griega y el carácter distintivo de la literatura antigua y moderna, manifestamos nuestra opinion acerca de las bellezas del teatro de Esquilo, Sofocles y Eurípides, de su enlace con las costumbres y nacionalidad de la Grecia, y de las causas que esplicaban las formas artísticas de las tragedias griegas, admitidas despues por definitivas y perfectas con la autoridad de Aristóteles en el brillante siglo de Luis XIV. Indicamos tambien la revolucion producida en las ideas y sentimientos por la introduccion del cristianismo y la irrupcion de los pueblos del Norte, y el nuevo rumbo, que la literatura debia tomar, como resultado necesario de aquella. Nos limitamos en el primer artículo á reflexiones puramente generales, porque el desarrollo y demostracion del pensamiento contenido en el mismo exigiria de suyo la formacion de un libro. Sin embargo, nuestros lectores pudieron observar, que en el exámen y juicio de las obras literarias, buscábamos mas bien el fondo que las formas, dábamos preferencia á las bellezas naturales bre las artísticas y de convencion, y que no nos hallábamos dispuestos á calificar las mas elevadas producciones del genio, partiendo de la inmovible base de las reglas sostenidas con mas ó menos razon por los preceptistas. Y no es porque nosotros neguemos la verdad y utilidad de algunas, ni desconozcamos la saludable influencia del buen juicio.

corregir los estravíos de la imaginación. En todo ello convenimos con las magistrales pretensiones de la escuela clásica: pero á decir verdad, y sin querer ofender á los distinguidos ingenios que cuenta por patronos, nos ha parecido siempre pobre é infecunda crítica la que despojando una obra literaria de su conexión con las costumbres, de las ideas y sentimientos que encierra, pretende solo juzgar el esqueleto de las formas, ó lo que es lo mismo, censurarla según su mayor ó menor armonía con pre-terminadas reglas. Sistema es este que ha conducido á sacrificar el fondo á las formas, á dar á las segundas una preferencia elusiva, á considerar las producciones literarias como obra mas bien de la razón y del trabajo intelectual, que fruto espontáneo de la inspiración y del genio, y que estraviando el gusto de la verdadera belleza, ha sido la causa del odio é injusto desden mostrado hácia los mas privilegiados talentos, que en alas de su fantasía, y por un conocimiento instintivo de la sociedad en que vivían, adquirieron alto y distinguido renombre entre sus contemporáneos. Pero tiempo es ya de que las obras de imaginación sean apreciadas bajo un punto de vista mas lato y fecundo, y que sin negar á los críticos el derecho de examinarlas en su relación con las reglas, ó la parte retórica por decirlo así del arte, se estudie el fondo de las mismas, la fuerza del genio y de la imaginación, el placer que causaron al público contemporáneo, su conexión con las costumbres, y el influjo ejercido en la sociedad. Cualquiera

que sean las convicciones sobre el arte; bien se crea en la poética de Aristóteles, de Horacio y de Boileau, bien se adopte la opinión de nuestros dramáticos antiguos, y señaladamente la de Lope de Vega, que en su *arte nuevo de hacer comedias* (1602) decia:

Elíjase el asunto, y no se mire,
(Perdonen los preceptos) si es de reyes:
Lo cómico y lo trágico mezclados
Y Terencio con Séneca, aunque sea
Como otro Minotauro de Pasifae,
Harán grave una parte y otra ridícula,
Que aquesta variedad deleita mucho.
Buen ejemplo nos dá naturaleza,
Que por tal variedad tiene belleza.

Lo que no se puede dudar, es, que en todos los países dotados de una literatura rica y fecunda, refleja esta siempre con mayor ó menor verdad todo lo que hubo de profundo, dramático y poético en las costumbres. Por ello la Europa cambiada moralmente desde el cristianismo y la irrupción de los pueblos del Norte, y entregada á un desarrollo instintivo y espontáneo durante la edad media, tiene una literatura original, fiel reflejo de las ideas y sentimientos que animaron su vida y nacionalidad: por eso creemos tambien, que á toda historia ó crítica de las obras literarias debe preceder una reseña de las costumbres y de los principios dirigentes de la sociedad, y juzgamos que el exámen de aquellas bajo el punto de su mayor ó menor observancia de las reglas artísticas no puede menos de ofrecer un cuadro pálido é imperfecto de sus bellezas. La literatura por desgracia no ha sido has-

ta el día considerada de este modo; único que en mi opinion es completo, que destruiria muchas preocupaciones, rehabilitaria reputaciones tratadas con desden, y daria ideas mas vastas del arte. El siglo XIX naturalmente grave y filosófico no se contentará por ello con las apreciables historias literarias de los Tiraboschis, Bateaux, Andreses, y La Harpes, y aspirará á considerar la literatura y las bellas artes bajo nuevos y mas grandiosos aspectos.

No es nuestro ánimo en el presente artículo desarrollar este pensamiento con respecto á la literatura de Europa; un trabajo semejante seria superior á nuestras débiles fuerzas, y no contamos para él con la suficiente preparacion: asi nos bastará hacer esta indicacion general, seguros de que algun día ella dará su fruto, y será adoptada por los ingenios privilegiados, que tengan de la historia literaria la alta idea, que ya Bacon tenia al principio del siglo XVII, y que tan bien supo desenvolver en el capítulo 4.º, libro 2.º de su admirable obra, *«De dignitate et augmentis scientiarum.»*

Mas si hubo algun país, en que la literatura y sobre todo la dramática, refleje con fuerte y brillante colorido lo que hubo grande, religioso, caballeresco y sublime en las costumbres, este país ha sido España. Nosotros no tenemos el menor incidente en firmar, que Grecia y España son los dos pueblos dotados por escelerencia de un teatro nacional. Mas decaida nuestra antigua pujanza, y enervada la grandeza de nuestro carácter bajo los últimos reyes de la dinastia austriaca, atacada nuestra nacio-

nalidad desde el advenimiento al trono español de la dinastia francesa, muertos los grandes jenios que immortalizaran el indolente y voluptuoso reinado de Felipe IV y entregado nuestro teatro á rapsodas y poetas sin jenio, sufrió el yugo del esteril clasicismo frances, que lleno de orgullo y de ridículo pedantismo condenó al olvido y al desden las producciones de nuestros mas sobresalientes ingenios; y no parece sino que los Luyandos, Hontianos, Arandas y Moratines aspiraban á divinizar las obras de nuestros vecinos, para deprimir y entregar al desprecio las que recordaban días gloriosos, y una literatura original y sublime. Los Nasarres y Velazquez preocupados de las estrictas reglas de los preceptistas juzgaron con notable injusticia nuestro teatro antiguo, el autor del *café* y del *si de las Niñas* escusó en sus *Orígenes* examinarle, el señor Martínez de la Rosa estuvo severo con Lope de Vega y nuestros poetas dramáticos en sus *apéndices á la comedia* y á la *tragedia*, y si el distinguido crítico don Alberto Lista vindicó nuestras antiguas glorias dramáticas en sus excelentes lecciones de literatura española pronunciadas en el Ateneo de Madrid, limitóse sin embargo á la apreciacion de nuestro teatro bajo un punto de vista meramente artístico. Empero como este examen de todas las obras literarias y en especial de las españolas es manco y defectuoso, y los lijeros trabajos de los Lampillas; Boutervedis y otros adolezcan de este vicio; es nuestro ánimo en el presente artículo marcar un nuevo rumbo para cen-

urar las producciones del jenio; convencidos como intimamente lo estamos, de que jamas podrá ser bien y cumplidamente juzgada la literatura española sin el estudio y esposicion previa de las costumbres y sentimientos, que tinte tan caballeresco y sublime dieron á nuestro caracter. No se espere pues por ello que hagamos un analisis razonado y artistico de las mejores comedias de nuestros distinguidos ingenios. Tarea es esta, desempeñada por otros, en especial por el Sr. Lista, y á la cual ni damos la importancia que algunos, ni profesamos ardiente afición. Reseñar rápidamente las costumbres y sentimientos religiosos y caballerescos de nuestros mayores y mostrar, que los Vegas, Calderones, Rojas, Moretos y Alarcones supieron agradar y conmovier á sus contemporaneos, reproduciendo en magníficos versos y en una poesia llena de galas y de pompa oriental todo lo que habia heroico y sublime en nuestra historia, tal será el principal objeto á que dedicaremos en lo sucesivo algunos artículos.

F. GONZALO MORON.

SEGUNDA SECCION.

UN RECUERDO (1).

V.

Apenas hubo entrado el caballero en su aposento cuando adelantándose Ro-

(1) Véase los dos números anteriores.

ger con algun mas apresuramiento que el de costumbre dijo con marcado desasosiego, os esperaba señor.—¿Pues que ocurre Roger?—Me temo que nada bueno.—Pero bueno ó malo que es ello?—Es que un hombre destonocido ha llegado hace una hora al monasterio y pretende hablaros con urgencia.—Le has visto tú?—Si señor.—¿Y qué te ha dicho?—Que le importaba hablaros.—¿De dónde viene? ¿Quién le envía?—Lo ignoro.—¿Dónde está?—En la hospedería baja.—Condúcele á mi presencia.

Un atento observador, uno de estos hombres que andan por el mundo, nacidos para averiguar todo lo que en él pasa, que presenciaban todos los acontecimientos que salen del curso ordinario sin ser llamados; y que dan su opinion sin que nadie se la pida habria notado que en la indiferencia misma con que el caballero recibia esta noticia habia cierta afectación que revelaba el dominio del hombre sobre sus pasiones, el estudio sobre sí mismo en aquella época en que las comunicaciones no eran frecuentes, en que los mensajes y la correspondencia solian únicamente emplearse en asuntos de la mayor gravedad, natural era que ocasionasen cierta sorpresa ó escitasen la mas viva curiosidad á no estar en antecedentes ó muy habituado á dominar las mas vivas sensaciones: inclinámonos á creer lo segundo porque luego que Roger desapareció, el caballero comenzó á recorrer la estancia frunciendo frecuentemente las cejas interrumpiendo al acaso su paso distraído: era tanto mas de notar el aspecto grave que dió á toda su fisonomía cuanto que

su trato amable, sus maneras dulces y sus pocos años lo colocaban al parecer lejos de las ondas impresiones y graves tempestades que los diferentes acontecimientos de la vida acarrearán; sin embargo, á la edad de 21 años era el caballero uno de aquellos hombres cuya fuerza de voluntad no le deja escapar una espresion descompuesta ni revelar un sentimiento de debilidad ni traslucir una sensacion de sorpresa. Dueño de sí mismo ha debido adquirir tales dotes en la escuela de la desgracia, porque la timidez y la desconfianza solo son fruto de una larga experiencia y de amargos desengaños. Alguna idea desagradable, algun recuerdo penoso vino á empañar el candor, la amabilidad de su semblante; paróse repentinamente y como queriendo desechar el pensamiento que sin duda le molestaba, corrió la mano por la frente diciendo, al diablo con tal idea, veremos lo que es.

Llegaba en esto Roger acompañado del forastero que habia ido á buscar: paróse este á pocos pasos de la puerta y por el aire de superioridad y que le era árbitro al caballero examinole de los pies á la cabeza, mas no era el desconocido uno de aquellos á quienes el rubor de este juicio previo hiciese bajar la vista ó manifestar el menor embarazo, por el contrario, clavó á su vez la vista en el caballero, y desenvolviéndole la mirada inquisidora, quedósele observando de hito en hito con no poca insolencia y algo de socarronería. Era este un hombre como de treinta años, de corta estatura pero de cons-

truccion fuerte y vigorosa, su cuello era breve; algo elevada y difusa su espalda; dos grandes y pardos ojos ofuscaban al destacarse su esplanada nariz y una ternilla que tenia algo rasgada, y que pudiera ser hija de algun percanche de la guerra parecia en él mas propiamente el agujero en que en otro tiempo habia existido el garfio con que se pudiera sugetar una fiera. Examinadas separadamente todas sus facciones ninguna ofrecia una deformidad notable y sin embargo todas ellas sumaban una, partida desagradable y hasta cierto punto repugnante. En su traje no se advertia mas armonía que en sus facciones; componíase este de un calzon pardusco, de un justillo de piel sin otro adorno que el pelo de la fiera á quien habia pertenecido; sus pies venian envueltos en dos grandes pedazos de cuero y una extraña caperuza cubría su cabeza. El exámen que de él hizo el caballero no resultó á su favor, así que con tono desabrido, sino descortés, le dijo:—«Por mí preguntábais, buen hombre?»—«Sí señor, respondió el desconocido»—«Ya os escucho»—«Mis palabras no pueden ser oidas por otro mas que por vos. Roger es de confianza, dijo el caballero, podeis hablar, el desconocido repuso, á vos solo es mi mensaje, nada teneis que temer.

Estas palabras sorprendieron la natural serenidad del caballero: poblóse de arrugas su frente, coloráronse sus mejillas, plegó sus cejas y dijo á Roger, alejáos, y al desconocido asiéndole fuertemente de la piel de su justillo añadió si la calidad de mensajero, la circuns-

tancia de ser ahora en cierto modo mi huésped y tu propia oscuridad no te hubiesen protegido, es probable que estarías á esta hora dando cuenta en el infierno de tu mensaje. A cualquier otro á quien se hubiese hecho tan brusco cumplimiento hubiérase sorprendido sino atemorizado, pero no le sucedió así á este que despues de sufrir con admirable frescura las palabras y sacudimientos del caballero, dijo, sino hablais de oirme en vano me mandásteis subir.—Sebreve, ya te escucho.—Sois vos Artal de Gudeman.—Artal de Gudeman rico hombre, señor de Alcazar y Campo, frio es con quien hablas.—Entonces el desconocido quitándose por primera vez la caperuza y haciéndose algunos pasos atras sacó una caja del seno y de ella un sello y un pergamino; saludó como si de nuevo entrase á Artal y presentándole el sello dijo: conoceis este escudo, caballero? miróle Artal y contestó: sí, es el grifo de los Laras: pues bien, dijo el desconocido volviéndose á su puesto, enseñal de él y por su fe en lo que á deciros vengo de parte de Hernan de Lara mi señor. Acusos en su nombre de haber faltado á la ley de caballero conduciéndoos como cobarde y desleal, ladron y mancillador de honras y famas ajenas; basta, dijo Artal, ardiendo en ira, basta; pero el mensagero que sin duda no habia concluido el encargo de su altivo señor, repuso; y como el muy ilustre señor Hernan Lara no tiene necesidad de probar lo que á vos sobradamente os consta, me encargó que solo os diese este pergamino. Trémulo Artal y embargado de cólera y de despecho por

tan inopinado ataque quizá por tan injusto ultraje, rompió los sellos y leyó un escrito que decia: «Al muy ilustre Sr. Artal de Gudeman. Hernan de Lara os desea salud: de mi parte os habrán mostrado el sello de mis armas para que deis crédito á lo que esta y mi mensagero os dijeren. Mi honra, la de la causa cuyo magnífico nombre sustento, se halla mancillada por vos, Artal, no está bien escribir la deslealtad de vuestro hecho; es de tal naturaleza que quisiera borrarlo hasta de la memoria: no exijo de vos una reparacion porque esta es imposible, pero el ultraje necesita venganza: un duelo á muerte os propongo, el dia, el sitio y los jueces á vos os toca elegir, quizá no debiera yo medir mis fuerzas con las vuestras pero en esto yo obro como quien soy, en vuestra traicion obrásteis como quien érais: á Albar Gonzalez mi escudero portador de esta dareis entera fé y crédito. De nuestro alcazar de Itá tantos de tal. Concluido que hubo su lectura, dijo Artal á Albar, dí de mi parte á tu señor que, si graves causas no me lo impidiesen, mi cortesía iria á buscarlo á su castillo: que dentro de tres dias estaré de vuelta en este monasterio: que al amanecer del cuatro de noviembre aquí le espero: que el campo es seguro; el sitio retirado. Mas el escudero del de Lara permanecía inmóvil como esperando que Artal le digese mas ó buscando oportunidad de decirle él algo: el caballero que lo observó le dijo, ya pierdes tiempo en llevar la contestacion.—Faltan, señor, las armas, dijo Albár.—Espada y puñal.—Tes-

tigos.—Mi conciencia.—Jueces.—Dios. El caballero hizo señal con la mano al escudero de que partiese y Albar desapareció.

VI.

Quando Roger vió marchar al misterioso, forastero entró á ofrecer sus servicios al caballero y picada algun tanto su curiosidad á enterarse de si algun peligro la amenazaba, pero su esperanza quedó frustrada porque Artal con semblante risueño le dijo: «No muy cortesés hemos sido en retardar mi visita al prelado de esta santa casa para darle gracias por su hospitalidad y ofrecerle mis servicios: así que encáminame Roger á su aposento y tu entretanto apresta las armas y visita los caballos.—Acaso vamos á partir en el momento, dijo Roger.—No, repuso el caballero, pero conveniente será que todo esté apercibido.»—Salieron en esto y á breve espacio se hallaron á la puerta de la celda del abad que estaba situada á un extremo del principal piso del edificio.—Llamó Artal respetuosamente y una voz grave y sonora que oyó adelante indicó que estaba en ella el prelado—pasó en efecto Artal y hallólo sentado en una gran silla de encina detras de una mesa en que abundaban sin orden alguno volúmenes.—Era el abad un hombre como de 60 años, de dulce aspecto y franca fisonomía, su calva y brillante cabeza, su grave y simétrico traje, su mirada franca y tranquila infundían aquel respeto que no desecha la confianza, ni conduce al temor.—Cuando entró Artal levantó la vista que

tenia fija en la mesa sobre algun libro ó pergamino y recostándola sobre el tallado respaldo de la silla esperó á que le dirigiese la palabra.—Artal aunque acostumbrado al trato de los grandes señores de su tiempo, no dejó de sentir algun embarazo delante de aquella sencilla dignidad, de aquel pacífico magistrado: aumentaba la austera solemnidad de esta visita la efigie del redentor que labrado en marfil y enclavado en una grande cruz de ébano cuya peana representaba el monte Calvario, estaba colocado en el centro de la mesa de roble con candelas negras que delante tenia el abad, de manera que al mirarlo se encontraba primero la efigie del redentor: sencillo es que haya un Cristo en la mesa de un prelado y sin embargo impuso á Artal: observólo el abad y con sonoro acento dijo: acercaos, que queriais decirme.—Conoció Artal que su embarazo habia sido notado, así que haciendo un esfuerzo sobre sí mismo respondió: soy un viajero á quien el mal temporal ha obligado á refugiarse en vuestra santa casa, me habeis dado hospitalidad, y yo deseaba manifestaros mi reconocimiento y daros las gracias.—Sentaos, hijo mio, repuso el abad: las gracias, continuó, á Dios solo deben darse; el sin duda os ha guiado aqui, y nosotros no hacemos otra cosa que llenar nuestro ministerio.—Sin embargo, repuso Artal, por vuestro medio he recibido un singular favor, sin vuestros auxilios hubiera perecido en medio de este desierto, mi gratitud será eterna; no perece el hombre, dijo el abad por hallarse en el de-

sierto; la fé hizo brotar agua por la vara de Moisés, la fé hizo por medio de Pablo que los ciegos recobrasen su vista; yo os esperaba, hijo mio, porque siempre espero al extraviado; yo me regocijo de vuestra venida porque veo en ello el dedo de la providencia.—Sonó en esto una campana, y el abad levantándose dijo á Artal: es la hora de tomar la refaccion, y aun cuando los viajeros tienen su hospedería donde hallan lo que han menester, yo me complacería en que quisierais acompañarme al refectorio. Aceptó Artal tan singular convite, y despues de haber hecho una breve oracion en una capilla que al paso hallaron, pasados algunos segundos, ya estaban sentados á la cabeza de una gran mesa, rodeada como hasta de treinta menjes.

B. NUÑEZ DE ARENAS.

TEATRO DEL PRINCIPE: UN CAJERO.

—LA CASTELLANA DE LAVAL, traducciones del francés.

Por falta de espacio dejamos de dar cuenta en nuestro número anterior de la pieza ejecutada en la noche del 9 titulada un *Cajero*: sin grandes pretensiones, sin aparato escénico, sin escenas terribles, esta comedia interesa y conmueve al espectador: ajustada en sus dimensiones al género clásico es verdaderamente una comedia de repertorio, usando el lenguaje de bastidores: no es de las piezas que dan grandes entradas, pero es de las que se oyen siempre con gusto.

Un banquero bastante fuerte de París, está casado con una jóven á quien adora, llamada Eugenia; por intercesion de ésta recibe en su casa en clase de cajero un jóven en quien deposita

toda su confianza. Desde la llegada del cajero una terrible melancolia se apodera de Eugenia; su marido se queja á un amigo íntimo del estado en que la vé y el amigo le hace concebir sospechas poco favorables á su honor: resuelve el banquero aclarar sus dudas y al efecto participa á Eugenia su resolucion de casar á Merville (asi llamaremos al cajero) con su sobrina Emilia en atencion á que los dos jóvenes se aman. Eugenia se opone abiertamente á esta boda sin dar para ello motivo plausible, y aumenta con la oposicion los celos de su marido; para adquirir mas seguridad habla este á Merville proponiéndole la mano de Emilia, y tambien reusa una boda por demas ventajosa para él sin familia y sin fortuna.

Multitud de incidentes que se suceden, avivan cada vez mas los celos del banquero: descubre que su muger ha estado en un baile dando el brazo al cajero, que ha vendido sus diamantes, que faltan 20.000 francos de la caja y por último que Merville se prepara á marchar á Italia en una silla de posta y sin dar cuenta á nadie del motivo de su viage. La desesperacion del esposo de Eugenia llega á colmo; algunas palabras que oye oculto tras de una puerta á su muger y á Merville, le ponen fuera de sí, se precipita entre ambos, les echa en cara su culpable conducta y exige una satisfaccion del cajero; entonces interponiéndose Eugenia manda retirar á este y hace ver á su marido que lejos de ofenderle es ella la ofendida, que lo que cree él motivo de queja es digno de elogio, y por último que su conducta es tan generosa como admirable. En efecto, el esposo de Eugenia habia residido algun tiempo en Italia donde sedujo á una jóven que abandonó despues, y de la cual tubo un hijo, que es Merville. Eugenia habia conocido á esta jóven en un viage que hizo á Italia, se hicieron amigas y le confió su secreto; puede juzgarse de la sorpresa de Eugenia al averiguar que era el seductor su mari-

do; queriendo mejorar la suerte de su enemiga á quien nada dijo del descubrimiento que acababa de hacer, se encargó de la suerte de su hijo que no podía colocar mejor que en casa de su mismo padre; aun hizo mas, vendió todos sus diamantes para socorrer á la que su esposo tenia en completo abandono, pero tambien fué reservada con éste por no avergonzarlo y por temor de que la presencia del hijo renovase la memoria de la madre.

Viéndose Eugenia acusada de infiel no tiene otro remedio que declararlo todo; arrepentido entonces el banquero de sus injuriosas sospechas, reclama de su muger un perdon que obtiene con facilidad y reconoce á Merville como hijo, dándole al propio tiempo la mano de Emilia.

La noticia de la muerte de la madre de Merville y algunas esplicaciones sobre los sucesos que dieron motivo á la desconfianza del esposo de Eugenia ponen fin á esta pieza, cuyo desenlace es de gran efecto, no solo porque está preparado con habilidad sino porque el interes crece estraordinariamente en las últimas escenas. Matilde Diez desempeñó su papel con la maestria y gracia que acostumbra: Luna nos pintó á las mil maravillas un banquero celoso antes y despues arrepentido, y los demas en sus papeles de segundo orden llenaron bien sus puestos, inclusa la jóven Rizo que da muestras de gran disposicion y podrá ser una actriz de mérito si se aprovecha de las lecciones y de la proximidad de Matilde.

De muy distinto género es *La Castellana de Laval*, drama representado en el mismo teatro en la noche del viernes último. Una aventura galante de Francisco I, puesta en novela ya por Alejandro Dumas, ha dado asunto para este drama en el que sin embargo no hay de historia mas que el nombre de los personajes.—La heredera de Foix, casada con el conde de Chateaubriand habita el castillo de Laval en la Bretaña;

el conde ha seguido al rey á las guerras de Italia; en la batalla de Marignan fue herido por libertar la vida á su soberano, y Francisco agradecido le nombra capitan de sus guardias; ha partido el conde para el nuevo destino sin permitir á la condesa que lo acompañe, porque quiere sustraerla á las seducciones de la corte y sobre todo á la vista del rey tan jóven y apasionado como ella cándida y hermosa. Con dificultad se resigna la condesa á no ir á Paris donde se preparan grandes fiestas para recibir al monarca triunfante, que de oculto y en compañía del almirante Bonivet, su confide, te en aventuras amorosas, se presenta en el castillo de Laval curioso de conocer á la linda castellana: al verla Francisco quedó prendado de ella y desde su arribo á Paris no pensó mas que en llevarla á palacio, lo que consigue al fin mas que por la voluntad del conde por las intrigas de Bonivet. El rey dispone un baile para festejar á la condesa contando con que en él tendria facil ocasion para hablarla de su amor, y en efecto, la galantería del monarca para con la heredera de Foix, fue el asunto que ocupó durante el festin á los cortesanos; unióse Bonivet á un corro y habiéndole interrogado sus amigos sobre el acontecimiento que habia traído á Paris á la condesa, confesó el almirante que todo era obra de una intriga suya por vengarse del de Chateaubriand, el cual se habia encontrado en palacio á su mujer sin esperarla, porque le habia prevenido que no obedeciese carta suya ninguna mientras no fuese acompañada de una sortija que siempre llevaba en la mano; pero que él sorprendió el secreto, falsificó la sortija y lo dispuso de modo que viese el rey á la condesa antes que el conde la obligara á volver al castillo.

Toda esta relacion la estaba oyendo el conde; furioso de cólera desafia á Bonivet y salen ambos del baile para batirse; el de Chateaubriand queda he-

rido casi mortalmente en la refriega; pero tan pronto como se vé restablecido no piensa mas que en lavar la mancha de su honor con la sangre de la esposa infiel á quien tiene encerrada en las prisiones del castillo: entra él mismo para darla muerte en su calabozo: mas tales fueron las súplicas de la condesa y tanto era el amor del conde que al fin la perdona; ambos se disponian á abandonar aquella triste mansion, cuando el señor de Laval, recibe un billete del rey, que avisado por la condesa se acercaba al castillo con caballeros y hombres de armas, amenazando castigarlo si retenia mas tiempo en prision á la heredera de Foix: el mensaje del monarca despierta de nuevo los celos del conde que fuera de sí da una puñalada á su esposa y la deja muerta en el mismo instante en que se presenta el rey en la prision: «Temed, conde, le dice este, la justicia del rey de Francia! ¿Y no hay alguna justicia, replica el conde, para el rey que deshonra á un caballero?....

Tal es en resumen el argumento de este drama que el público aplaudió y al que no se puede negar interés desde la primera escena hasta el final del último cuadro en que muere la condesa, circunstancia que hace olvidar al espectador otros defectos, como por ejemplo el odio del almirante hácia el conde sobre el cual gira todo el argumento y que sin embargo no está bastante justificado.

El que fuese ó no orgulloso el conde no es suficiente motivo para fraguar una intriga contra su honor; intriga ademas impropia de un caballero como Bonivet que por lo que se vé despues nada tiene de cobarde y hubiera podido tomar venganza del conde con la punta de la espada, medio mas usual en aquellos tiempos. No parece tampoco verosímil que amando el rey á la condesa la deje entregada al odio de su marido y solo acuda á socorrerla cuando ella demanda su au-

silio. El caracter de la condesa está mal delineado; apegada á la vida y á los placeres, parece ceder á las seducciones del rey mas por lujo que por amor y quizás por esta causa no interesa todo lo que debía interesar.

No así el conde que desde el principio revela su orgullo, y conserva en todas sus situaciones el carácter de un caballero del siglo XIV. Estas y algunas faltas mas que pudiéramos indicar no impiden que sea un drama mejor que muchos otros de su jénero que nos han venido de donde vino este

La ejecucion ha contribuido bastante al buen éxito; Luna, la Matilde, Sobrado y Florencio Romea han sacado cada cual todo el partido posible de su respectivo papel.

LICEO.

La funcion dispuesta para el domingo último, en la cual tuvo lugar la distribucion de los premios en los juegos florales, ha sido de las mas brillantes que ha dado esta sociedad. Adornados de antemano los salones y la escalera con magníficas guirnaldas y tiestos de flores y con los cuadros y bustos ejecutados por las secciones de pintura y escultura, dió principio á las ocho y media de la noche con un discurso leído por el primer consiliario D. Mariano Roca de Togores, propio de las circunstancias. Siguió la lectura de las actas de adjudicacion, de las que aparecia haber sido premiados, D. Manuel Breton de los Herreros por la seccion de literatura, D. Antonio Gomez, por la de pintura y D. Ventura de la Vega por la de declamacion. Los dos últimos Sres. acompañados de sus respectivos padrinos se acercaron á la mesa para recibir de mano del presidente la flor de oro ofrecida en el programa; el Sr. D. Juan

Nicasio Gallegos en representación del Sr. Breton de los Herreros, ausente, recibió el premio que a este pertenecía. Se leyó la composición premiada, y los señores Madrazo, Diaz y Lafuente leyeron también composiciones alusivas al objeto. No es posible que demos lugar en nuestras columnas á estas composiciones que ocuparían un espacio inmenso, pero tenemos entendido que el Liceo trata de imprimirlas en un volumen que contendrá además la epístola de D. Pedro Madrazo que obtuvo el *accessit*, la copia de las actas y el discurso del presidente. Un lindísimo himno, letra del Sr. Breton y música de D. Mariano Martin, cantado admirablemente por todos los socios facultativos de la quinta seccion, tuvo lugar despues, dejando espacio á la seccion dramática para que ejecutase con la inteligencia y maestria de que tantas pruebas tienen dadas sus socios, la comedia titulada *D. Dieguito*.

Inútil es ponderar lo brillante y escogido de la reunion; se había convidado á todas las corporaciones científicas y literarias de la capital, destinando sitio preferente á sus respectivos comisionados, de manera que puede asegurarse sin miedo de ser desmentidos, que los salones del Liceo contuvieron en esta noche á la mayor parte de los hombres que hasta ahora se han distinguido en España por sus talentos. Actos semejantes al que tuvo lugar el domingo, no pueden menos de redundar en beneficio de las artes y de las letras; nosotros felicitamos sinceramente tanto á los que lo han promovido como á los que en él tomaron parte y nos llena de consuelo ver que en medio de tanta oscilacion, de tantas pasiones mezquinas, hay aun corazones entusiasmados para quien la gloria es algo; todavía no faltan hombres que se reúnan y tributar homenaje al talento y este es un signo de prosperidad para las artes, una esperanza para el porvenir.

ALBUM.

TEATROS. En el del Circo tubo lugar la noche del jueves último la ópera de Mercadante titulada *D. Quijote de la Mancha*, á beneficio del primer tenor D. Manuel Ojeda; el público se mostró satisfecho no solo de la *partitura*, sino de la ejecucion que fue de lo mas esmerado que hemos visto en la presente temporada. En la misma noche y con igual objeto tubo lugar la zarzuela titulada el *Ventorrillo de Crespo*; letra de Rubí y música de Bassili; es un lindo fin de fiesta sembrado de canciones y aires españoles que produjo muy buen efecto. La noche fué completa, buena funcion y buena entrada: el público y el beneficiado han debido quedar mutuamente contentos.

Anoche se verificó en el mismo teatro la primera representación de la comedia titulada *El Amor en un membrillo*, ó *el Licenciado vidrieras*. Nos han asegurado que es parto de dos ingenios, y bien podían los dos haber hecho una cosa mejor; nosotros en materia de comedias somos partidarios de la unidad, porque rara vez hemos visto que tengan buen resultado las producciones de dos ó mas talentos reunidos; pero no es nuestro ánimo entrar ahora en el analisis de la comedia: quede este para otro día y limitándonos á dar cuenta del resultado diremos que ni se silvó ni se aplaudió, que hubo poca entrada y que el público salió poco satisfecho. Esta es la verdad á fuer de exactos historiadores.

DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE P. MELLADO.